



Fernández Polanco, Aurora. *Crítica visual del saber solitario*. Consonni, Bilbao, 2019.

Eva Fernández del Campo

Hacia mucho tiempo que no leía un libro sobre arte que me emocionase tanto y que me ofreciera tanta energía frente al desaliento reinante.

*Crítica visual del saber solitario* es, en palabras de su autora, “una carta estelar” con la que ella guía su vida académica. Con una franqueza y una honestidad intelectual que, por desgracia, raramente encontramos en la mayoría de los académicos e intelectuales, la catedrática de Historia del Arte Aurora Fernández Polanco, hace un ejercicio de sinceridad en el que pone al descubierto sus lecturas, sus inquietudes, sus dudas y críticas sobre la Historia del Arte y las instituciones que la rodean. Lo hace en primera persona, con la cercanía y humildad, también generalmente ausentes en la mayor parte de los escritos académicos, que le ha conferido a lo largo de los años su práctica profesional y su experiencia personal de docente de teoría del arte con estudiantes de Bellas Artes.

Se leen a menudo críticas al sistema educativo y a la actitud de los estudiantes desde un negro pesimismo y desde una posición distante y pasiva. Aurora, sin embargo, con un optimismo envidiable, y desde un talante constructivo y activista sugiere que es posible transformar los lugares de la Historia del Arte por excelencia: la universidad y el museo, en espacios de emancipación social y política, y que es factible abandonar esas viejas instituciones que constriñen la libertad del trabajo que allí se realiza en favor de nuevos escenarios. Lo hace ejercitando una “visión periférica” y al mismo tiempo cercana, una “atención en estado de distracción” y una maravillosa prosa que nos introduce en las imágenes y sus mundos y que hace visibles las grietas de ese saber supuestamente sólido en el que hemos sido educadas por nuestros eminentes eruditos.

Escrito desde la práctica de la enseñanza universitaria, y desde el feminismo, este libro no es, en absoluto, un intento fácil de hacer borrón y cuenta nueva con la tradición de la Historia del Arte al uso, sino una apuesta por repensarla reutilizando sus medios tradicionales: el recorrido contemplativo, la lección magistral, la práctica en solitario, la escritura recogida y la escucha ensimismada, pero con el horizonte de incorporar a ellos la participación performativa, el taller, las prácticas colaborativas, los encuentros y las discusiones, o la mediación, sin hacer, por ello, una substitución absoluta, evitando las dicotomía y apostando por la gozosa voluntad de transitar libremente entre lo uno y lo otro.

El libro está dividido en tres partes, que ella denomina “catas”, tituladas “Tesis”, “Crisis” y “Caosmosis”. La primera consta de nueve pequeños ensayos que giran en torno a la *Bildung*, ese término alemán tan utilizado en la Historia del Arte, que alude a la tradición de cultivarse a uno mismo para el crecimiento personal, esa costumbre

que necesariamente retrotrae a la fantasía de un sujeto aislado del mundo y autosuficiente, un sujeto, por otra parte, siempre masculino. Una idea que está vinculada a la concepción de la creación como encierro, como atención concentrada, siempre bajo el paraguas de la razón, y entendida como acumulación de conocimiento; una forma de entender el arte que impregnó todo Occidente y que alejó al arte, según la autora, del cuerpo y de la experiencia material, los ejes fundamentales sobre los que giran todos los ensayos de este libro, en un intento de reivindicar el saber de un cuerpo ignorado por la mirada patriarcal y por el capital.

Tras unas bellas reflexiones sobre pinturas que muestran sujetos concentrados, absortos o “ensoñados”, la autora hace hincapié aquí en el papel que jugó el desarrollo del capitalismo y la lucha obrera en el cambio de perspectiva: en la recuperación de la cultura material de la vida, en la revalorización de los oficios y en la reivindicación de esos otros quehaceres manuales que no formaban parte de las llamadas Bellas Artes, no sin hacer un repaso de las posiciones de Benjamin, Panofsky y Adorno.

La segunda parte del libro, titulada “Crisis”, cuenta con cuatro ensayos dedicados al inicio de la ruptura de los viejos valores patriarcales heredados, un fenómeno que Aurora sitúa en el entorno de 1968, ese momento en el que, según Foucault, se acaba la cesura entre acción y pensamiento y que enmarca acontecimientos como Mayo del 68, la lucha por los derechos civiles, las primeras reflexiones sobre la decolonialidad o el posicionamiento contra la guerra de Vietnam. Un momento que también coincide con el final de la segunda oleada feminista, en la que una serie de mujeres artistas empiezan a hacer tambalearse los pilares del espíritu patriarcal en el ámbito de la estética. La autora ofrece una panorámica periférica de este momento a través de fenómenos como la *Womanhouse* de 1971, la *Tentativa Artaud*, de 1974 o las clases de Deleuze en Vincennes, en 1968.

“Caosmosis”, la tercera parte del libro, da cuenta, a través de cinco ensayos, de un tercer momento en la Historia del Arte que empieza con el 15M, en Madrid, en 2011, su lema “dormíamos, despertamos” y sus propuestas de pensamiento, creación y estudio compartido, ese “juego entre caos y complejidad” donde la autora apuesta por el valor epistémico y político de la interdependencia, engarzando así con la idea de Judith Butler de una ética y una política de las subjetividades postidentitarias.

Frente al “atrévete a saber” kantiano, ese leer, pensar y estudiar en solitario, se abren muchas posibilidades relacionadas con los saberes artesanales, comunitarios y femeninos, en los que finalmente se apela al cuerpo y se recupera el disfrute de los sentidos. Esas posibilidades han sido ensayadas en primera persona en sus clases, junto a sus estudiantes, colegas y artistas invitados, en experimentos como *La Colonia*, y proponen varios “desplazamientos” que ella resume en dos: 1) “Mover la clase”; es decir, transformar la enseñanza académica del arte recuperando el placer del experimento y abandonando el saber encajonado entre los muros de la institución, transformando el aula en un espacio que fluya; y 2) “Bajarle los humos a la teoría”, recordando la importancia de la relación entre los saberes discursivos y la práctica, pensando que todo está conectado a la manera de una coreografía.

Frente a la Historia del Arte que tiene lugar en las viejas instituciones, y por tanto, en el corazón del capitalismo, y frente a ese discurso que desborda un exceso de erudición, muchas veces filológica, el libro apuesta por los Estudios Culturales y

Visuales y por la necesidad de pensar el ensayo como una fuerza capaz de reavivar los sentidos y de superar el individualismo burgués; así mismo, nos propone la necesidad de entender la investigación artística como una suerte de “indisciplina” en la que se hacen necesarias toda una serie de pequeñas estrategias o contraconductas que nos permitan revitalizar los espacios: la universidad y el museo, combatir el desaliento y potenciar el cuerpo.

